

1. Qué significa ser pacifista

(Qué significa seguir a Jesús)

por Dionisio Byler — Agosto, 2008

El tema que se me ha dado para esta mañana es sin lugar a dudas digno de atención. Sin embargo no es un tema que me resulte particularmente interesante, ni para el que me siento especialmente cualificado para hablar.

Me voy a tomar la libertad, entonces, de cambiar el tema para acabar en algo que tal vez resulte ser muy parecido, pero desde una perspectiva que a mí no sólo me resulta más interesante, sino que me apasiona desde lo más hondo de mi ser: Qué significa seguir a Jesús.

Hay muchas variedades de pacifismo, desde un activismo absolutamente secular —no religioso, quizá incluso ateo— por la paz en el mundo, hasta posicionamientos profundamente religiosos pero no cristianos, como el pacifismo de Mahatma Gandhi o el que predica el Dalai Lama. Quiero decir de entrada que no me parece necesario descalificar ni despreciar el pacifismo no religioso ni el pacifismo que se predica desde otras religiones que la cristiana. Cualquiera persona, con las convicciones que tenga, que está procurando activamente eliminar la violencia en la sociedad humana, ¡Bienvenido sea! —y que Dios le bendiga. Que le bendiga mi Dios, el de los cristianos, Aquel quien yo creo firmemente ser el único Dios que existe, Creador de los cielos y la tierra y Padre de Jesucristo, cuyo Espíritu Santo llena mi alma y me da mi razón de existir. ¡Bienaventurados de Dios sean todos los que trabajan por la paz! Todos, sin excepción.

Y sin embargo, confieso que para mí el centro de mi atención no puede ser nunca el pacifismo como tal, sino que en cuanto humilde discípulo de Jesús de Nazaret, toda mi existencia está centrada en seguir sus pisadas, seguir el rastro que su corta vida dejó en el camino de la humanidad.

Y como para mañana por la mañana se me ha pedido que hable expresamente sobre el papel pacificador que puede ejercer la iglesia cristiana en un mundo violento, quiero enfocar mis pensamientos de hoy en lo que viene antes de Jesucristo y antes que la Iglesia, el trasfondo religioso judío del que se nutrió Jesús y que formó su particular visión de la vida que él enseñó.

No podemos saber cuánta oportunidad tuvo Jesús de leer personalmente los libros del gran archivo nacional judío que nosotros conocemos como Antiguo Testamento. Sabemos — porque nos informa de ello Lucas— que en la sinagoga de Nazaret había, como mínimo, una copia del rollo de Isaías. Casualmente, Isaías es un libro con el que Jesús parece haber estado especialmente familiarizado y que resultó especialmente formativo en su manera de entender su vocación como Hijo del Hombre y Siervo Sufriente de Dios.

En cualquier caso, Nazaret era una población muy pequeña — apenas cien o doscientos habitantes— y cuesta imaginar que aquellos pocos campesinos y artesanos de humilde condición, pudieran haber reunido la fortuna necesaria para hacerse con la colección entera de libros sagrados, cuya laboriosa copia a mano seguramente podía acabar siendo el proyecto de toda la vida de un escriba, exigiendo además el empleo de la piel de muchos cientos de

ovejas en la elaboración del pergamino necesario para tamaño proyecto. Quizá en Nazaret tenían el rollo de Isaías, en Capernaúm el de Jeremías, y así sucesivamente entre los pueblos de la región. Quizá las diversas sinagogas vecinas en Galilea se intercambiaban entre sí los rollos bíblicos con el fin de que sus niños pudieran intentar aprendérselos de memoria. En cualquier caso sabemos que Jesús ya desde niño —siempre según Lucas— manifestó tener una capacidad poco frecuente para aprenderse de memoria estos rollos, cuyo contenido y significado debatía con los sabios en el templo cuando la peregrinación anual a Jerusalén que hacían sus padres.

De una manera o de otra, Jesús consiguió estar lo bastante familiarizado con estos libros como para ser reconocido, incluso por sus adversarios, como «rabino», es decir —en la jerga judía de la época— un «Grande», un maestro cuyos conocimientos de la Ley y cuya piedad religiosa eran excepcionales y notables. Otra cosa muy diferente es que aprobaran o no de la interpretación que hacía Jesús de aquella documentación histórica nacional. Es imposible leer los evangelios sin darse cuenta que la discrepancia entre Jesús y otros rabinos de su época adquirió una tensión insoportable, que culminó en que sus propios compañeros de judaísmo lo entregaran rastaramente al odiado régimen de ocupación imperial romana. Pero, precisamente, esa tensión sólo fue posible porque lo que nadie —ni Jesús ni sus adversarios— podía poner en duda, era que sus discrepancias eran discrepancias internas judías, una batalla por el alma del judaísmo, en ningún caso un rechazo del judaísmo.

Lo que tenemos en Jesús es, entonces, una concepción global y general del judaísmo. Una interpretación de la totalidad de la historia y de la totalidad de los libros sagrados de Israel. Interpretación que él ofrecía como justa y necesaria para progresar, en su generación, hacia los firmes y eternos propósitos que había tenido desde siempre Dios para Israel, desde que primero llamó a Abraham en Ur de los caldeos. Y si esa interpretación de la historia de Israel y de los propósitos de Dios con Israel levantó tanto revuelo y suscitó tanto rechazo entre algunos sectores de la sociedad de Galilea y Judea, es sólo porque enormes multitudes de judíos se estaban dejando persuadir por esa visión, esa reinterpretación de sus esperanzas nacionales que les ofrecía Jesús.

Dicho en otras palabras, si Jesús no hubiera resultado ser tan popular y tan convincente entre las masas de judíos piadosos, no hubiera sido necesario oponerle tanta resistencia ni, en última instancia, entregarle a Pilato bajo acusaciones falsas.

Jesús demostró, entonces, conocer en profundidad la Ley y los Profetas de Israel, y ofreció un programa tan coherente y convincente de reinterpretación de los actos de Dios con su pueblo escogido, Israel, que no hubo más remedio que procurar silenciarle a traición, puesto que en el debate franco y abierto, él siempre salía airoso. Airoso ante un público judío, en debates de igual a igual entre rabinos judíos, sobre las leyes, la historia y las costumbres judías y sobre el eterno proyecto del Dios de Israel para la salvación —primero de Israel, naturalmente, pero también salvación de toda la humanidad.

Pero eso no es todo. La prédica de Jesús parece haber estado cargada de una fuerte impresión de urgencia. Era un mensaje que él y sus seguidores sintieron vivamente que quedaba poco tiempo para hacerlo conocer. Especialmente en Marcos, pero también en Mateo y Lucas, quizá no tanto en Juan, notamos la urgencia de la hora, lo adelantados que estaban los acontecimientos y el poco tiempo que quedaba para evitar errores de consecuencias desas-

trosas e irreparables. Y nos va a costar entender el por qué —y por tanto el contenido— de la predicación de Jesús si no nos situamos en la urgencia de esa generación en ese lugar.

Como otros profetas antes que él, en otras generaciones del pueblo de Dios, Jesús veía cernirse sobre su país los oscuros nubarrones de una furiosa tempestad de juicio y destrucción. Guerra. Muerte. Saqueo de sus ciudades. Violaciones sistemáticas de las esposas y vírgenes de Israel. Y en última instancia, la esclavización de lo que quedara de la población. Eran premoniciones proféticas de un gran desastre nacional acaso inevitable —pero si evitable, tan sólo si sus vecinos y hermanos judíos se apresuraban a arrepentirse y daban inmediatamente pruebas clarísimas y radicales de transformación. Quizá entonces Dios se apiadara y les cambiaría el futuro de desastre nacional que se avecinaba a toda prisa como la locomotora de un tren que hace retremblar el suelo en anticipación de su llegada.

Marcos es quien presenta el tema con la mayor urgencia. Marcos no tiene tiempo para perder en bucólicas escenas de pastorcillos y reyes magos que adoran al Niño en un humilde establo. Marcos se lanza a toda carrera a transmitirnos la urgencia de la proclamación de Jesús y para el versículo 14 del capítulo 1, Jesús ya está hecho un hombre adulto, bautizado por Juan y tentado en el desierto, que empieza a pregonar a voces su mensaje. Y su mensaje es un mensaje urgente: «¡El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios se ha acercado: Arrepentíos y creed en el evangelio!»

Una gran crisis —cargada de premonición y peligro, pero también una maravillosa oportunidad para la salvación— se cierne sobre aquel lugar y aquella generación; y no está nada claro que el mensaje de Jesús llegue a tiempo para evitar la debacle y al contrario, generar la reacción de arrepentimiento necesaria para que se haga efectiva la salvación y el reinado de Dios.

Lucas tiene otra manera de enfatizar la urgencia de aquella generación en aquel país. Todos los evangelios coinciden en que Jesús se dedicaba a ir de aquí para allá con su mensaje. No había tiempo para quedarse quieto. Todos coinciden también en que llegó un momento cuando a Jesús le pareció un desperdicio de tiempo precioso el que sus discípulos le acompañaran en ese anuncio. Los dividió en seis parejas, de dos en dos, para así multiplicar por siete los lugares que era posible visitar a la vez (contando con que él mismo también mantenía su ritmo de actividad). Sus instrucciones son claras: debían viajar ligeros de equipaje, con lo justo para poder caminar a marchas aceleradas y dependiendo de la hospitalidad con que los recibieran en cada lugar. Debían evitar las carreteras de los romanos y las poblaciones samaritanas, visitando exclusivamente los núcleos de población judía. Si su mensaje de paz era recibido con paz, bien. De lo contrario, no había tiempo que perder tratando de persuadir a nadie. A paso acelerado, como sacudiéndose de los pies el polvo de aquel lugar, debían partir hacia su siguiente destino.

Pero Lucas aprieta aun más la tensión de la urgencia que sentía Jesús por llegar a toda Galilea y Judea a tiempo con su anuncio del reinado de Dios. Porque según Lucas 10, Jesús volvió a mandar a sus seguidores de dos en dos, sólo que ahora fueron 70 o 72 los enviados (el número exacto varía entre los manuscritos antiguos); es decir, ahora eran 35 o 36 los lugares que podían estar recibiendo, simultáneamente, el anuncio del mensaje de Jesús —aparte del lugar que Jesús mismo estuviera visitando.

La comparación con los antiguos profetas de Israel nos brinda la oportunidad para observar que ellos también solían pronunciarse especialmente en momentos de gravísimo peligro nacional. Algunos, como Isaías, habían empezado a predicar desde el centro de la nación, Jerusalén. Pero era más frecuente el caso de personas como Amós, Oseas, Miqueas o Jeremías, a quienes imitaba Jesús empezando su prédica en las regiones rurales —donde tal vez había mayor esperanza de encontrar un público religiosamente más conservador y tradicional, más piadoso y reverente por tanto, que el que se podía encontrar en la gran ciudad capital. Había una larga tradición profética de impulsar movimientos reformistas desde la periferia, sin llamar demasiado la atención de las autoridades corruptas en Jerusalén, hasta que el movimiento tuviera la suficiente fuerza como para presentarse ante el Palacio y el Templo con sus propuestas de renovación moral y espiritual nacional.

El historiador Flavio Josefo, que escribió algunas décadas más tarde, nos deja ver que las oscuras premoniciones de Jesús sobre la urgencia de la hora no estaban equivocadas. Pocas décadas después de desaparecer Jesús, Galilea y Judea estallaron en un movimiento independentista de la tiranía de la ocupación romana. Inspirados seguramente por las historias de cómo Dios había vencido por medio de Moisés a los egipcios, cómo había vencido por medio de Josué a los cananeos, por medio de David a los filisteos y por medio de Judas Maccabeo a los helenos, este movimiento nacionalista exaltado tuvo unos primeros instantes de éxito hasta que las fuerzas imperiales consiguieron organizar una campaña militar en toda regla. Pero a la postre, el implacable poderío romano arrasó la antigua tierra de Israel, destruyó Jerusalén, niveló el monumental templo de Herodes —que era tenido por una de las maravillas arquitectónicas de aquella era— y se llevó a Roma decenas de miles de esclavos judíos.

De puro desastre nacional, la debacle de la guerra de independencia judía contra Roma sólo podía equipararse con aquellos otros grandes horrores en el recuerdo nacional: la destrucción de Samaria y el exilio de Israel, cuyas tribus desaparecerían para siempre de la historia de la humanidad; y la primera destrucción de Jerusalén y del templo de Salomón, con el consiguiente destierro y exilio de toda una generación de judíos llevados cautivos a Babilonia. Aquellos antiguos desastres nacionales habían tenido sus profetas que los anunciaran y procuraran evitar predicando la renovación de la religión. Este nuevo desastre nacional también tuvo sus profetas insignes del arrepentimiento: Juan el Bautista y Jesús de Nazaret.

Es demasiado fácil argumentar —aunque yo mismo lo haya hecho en alguna ocasión— que Jesús se equivocó cuando anunció que su propia generación no pasaría sin ser testigo de la abominación desoladora y la brutalidad de la invasión extranjera —y a la vez, de la inefable salvación de la llegada del Hijo del Hombre. Quizá lo que pasó fue que, gracias a una renovación de la piedad judía impulsada por los grupos de discípulos de Juan el Bautista y de Jesús de Nazaret, esta nueva debacle nacional fue aplazada por la misericordia de Dios durante una o dos generaciones, hasta las terribles y fracasadas guerras de independencia judía.

Sabemos muy poco acerca de la predicación de Juan el Bautista. Pero el movimiento de renovación que impulsó Jesús nos legaría nada menos que el Nuevo Testamento y el movimiento cristiano que pervive hasta el día de hoy.

Sabemos por el evangelio de Juan que las multitudes a quienes Jesús alimentó con pan milagroso quisieron obligarle a asumir el título de rey —presumiblemente con el fin de reclutar

un ejército judío para alzarse en rebeldía contra el régimen romano de ocupación. Sabemos por los evangelios de Mateo, Marcos y Lucas, que Jesús entró a Jerusalén acompañado por una multitud de campesinos que le aclamaban como «Hijo de David». Aclamaciones que en esas circunstancias, con el incircunciso romano oprimiendo a los judíos como lo habían hecho en la generación de David los filisteos, sólo podían tener una interpretación: Daban voz a una amplia expectativa independentista nacional, la esperanza en que Dios había por fin —en Jesús— levantado un digno sucesor de David. ¡Cuándo no, las autoridades judías reprocharon a Jesús el que no hiciera callar esas aclamaciones, cuyo único resultado previsible tenía que ser una severa represalia por parte de la guarnición romana al mando de Pilato!

Roma jamás había tolerado y jamás toleraría ningún asomo de alzamiento independentista —ni en Jerusalén ni en ninguna parte. Y era la fiebre de sentimiento independentista judío contra el régimen romano de ocupación, lo que hacía tan terriblemente delicado ese momento histórico en ese lugar donde vivió Jesús.

Me ha parecido necesario dar todas estas explicaciones para que caigamos en la cuenta de las circunstancias especiales en las que Jesús mantuvo dos cosas aparentemente contradictorias. Por una parte, anunció la inminente y milagrosa salvación de Dios que llegaría de la mano de la manifestación del Hijo del Hombre. Pero por otra parte, predicó la necesidad de amar a amigos y enemigos por igual, y manifestó una marcada apertura personal al trato amigable con los «publicanos», es decir, los funcionarios judíos del régimen romano de ocupación, que todos consideraban traidores a la patria y religión judías.

Es sólo cuando ignoramos estos hechos que podemos ignorar, también, que el radicalismo del amor al enemigo que enseñó Jesús fue una parte esencial e inseparable de su mensaje. De hecho, fue lo más importante y sustancial de su mensaje. Cualquier forma de religión cristiana que margina o ignora el llamamiento de Jesús a amar a nuestros enemigos como él amó a los enemigos de su patria, es pura apostasía, herejía y traición del mensaje del evangelio.

A Roma era imposible derrotarla con sus propias armas. Nadie en aquella era podía ni pudo reunir una fuerza militar comparable a la de Roma, un ejército capaz de resistir el ataque implacable de sus legiones. Realmente era cierto que sólo un caudillo militar con poderes milagrosos sobrenaturales, un nuevo Moisés o un nuevo Josué —tal vez un nuevo rey David ungido para comandar las huestes de Israel— podría prevalecer militarmente contra Roma. Sólo si Dios intervenía como antaño, con plagas y desastres no naturales, con pestilencia y mortandad inexplicable entre las legiones romanas, con tormentas de granizo que arrasaran el ejército romano pero sin tocar a los judíos, se podía soñar con una victoria. Solamente si Dios volvía a hacer que el mar se tragara a las legiones de Roma, como antes se hubo tragado los carros de Faraón, era posible concebir una esperanza independentista. Hay que suponer que Jesús no era el único que se daba cuenta de la precariedad —de lo imposible— de cualquiera resistencia militar contra Roma. Con toda seguridad todos los judíos de su generación sabían perfectamente que solamente una intervención divina absolutamente sobrenatural sería capaz de derrotar las legiones del Imperio.

De ahí el entusiasmo que generó entre las masas de judíos piadosos de Galilea, la aparición repentina de este profeta Jesús tan sorprendentemente poderoso. Jesús venía avalado por señales de un poder milagroso que recordaba a los grandes profetas de la salvación nacional en el pasado remoto de Israel. Señales de curaciones de enfermos, ciegos y paralíticos

—y hasta la resurrección de muertos. Señales de expulsión de demonios y espíritus inmundos. Jesús se mostró capaz de convertir el agua en vino y de alimentar multitudes con unos pocos panes y peces; capaz, también, de caminar sobre las aguas sin hundirse y de calmar la bravura de la tormenta marina con una sola palabra.

¿Cómo no iba a agitarse de emoción y esperanza el corazón de los judíos piadosos de Galilea y Judea ante la aparición de alguien así? ¿Quién iba a ser tan incrédulo como para dudar que Dios había oído por fin el clamor de su pueblo y les mandaba ahora el Mesías y Redentor y Salvador de Israel, el rey prometido por los profetas, para restaurar la gloria de Sion?

Y sin embargo Jesús tenía una concepción radicalmente distinta de lo que suponía el hecho de ser él el elegido por Dios para traer la salvación divina a la humanidad.

Jesús dijo, según el evangelio de Juan, que su reinado no es de este mundo (aunque está en este mundo).

Jesús opinó, parece ser, que la llegada victoriosa y sobrenatural del Hijo del Hombre no desembocaría en una brutal y mortífera batalla militar sino en la lucha interior dentro del ser humano — todos los seres humanos, de todas las etnias y tribus y naciones de la tierra.

Jesús se vio a sí mismo, no como un general al estilo de los que comandaban las legiones romanas, sino como el Siervo Sufriente de la segunda mitad del libro de Isaías, rechazado y vituperado, angustiado y afligido hasta la muerte, despreciado y abandonado por todos.

¿De dónde saca Jesús esas ideas?

¿Cómo es posible que este judío de Galilea, en esa generación y ante la crisis agobiante de la ocupación imperial romana, entendiera de esta manera tan singular y sorprendente el papel que debía desempeñar como Hijo del Hombre y Salvador del mundo?

Ante todo: ¿Cómo es posible que Jesús llegara a la conclusión de que la salvación divina no exigiera la derrota militar de sus enemigos — los enemigos de su patria y sus enemigos personales que lo mandarían crucificar — sino que exigía amarlos y entregar su vida por todos?

La explicación tiene que hallarse escondida en los propios libros sagrados de la fe judía — nuestro Antiguo Testamento — de que se nutrió en su niñez y adolescencia Jesús. Y es allí donde tendremos que ir — guiados de la mano por la propia interpretación de aquellos textos que nos ofrece la vida y obras y enseñanzas y muerte y resurrección de Jesús — para descubrir los secretos de los planes eternos de salvación que el Señor venía preparando desde hacía siglos.

El Antiguo Testamento es enorme y contiene una riqueza y variedad impresionante en sus enseñanzas y meditaciones sobre los propósitos de Dios. En los minutos que me quedan esta mañana, sólo puedo comentar unas pocas cositas, como muestrario del trabajo de interpretación de la Sagrada Escritura que nos es necesario realizar para comprender la clase de Mesías y Salvador que al final fue y sigue siendo Jesús de Nazaret.

1. La diversidad racial de Israel

Quiero afirmar aquí en pocas palabras algo que sería digno de explicar en detalle, aunque este no es el lugar y el momento: Israel, el pueblo escogido de Dios en la antigüedad, que vivió en la tierra de Canaán donde Dios los llevó desde la esclavitud en Egipto, jamás fue una raza o un linaje biológico específico. La idea de la descendencia de todo Israel como una familia a partir de los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob, tiene que entenderse como una afirmación ideológica o religiosa, no como un hecho biológico o genético. No porque lo diga yo sino porque los propios textos bíblicos se encargan de demostrárnoslo.

Es verdad que Abraham se casó con su hermana; e Isaac y Jacob con sus primas, como si el ADN con la genética de esa familia en particular fuera especial. Pero los doce hijos de Jacob se casaron, once de ellos con mujeres cananeas, y José con una egipcia. Quiere decir que por parte materna, todo Israel es o cananeo —concretamente los judíos, los descendientes de Judá, tienen matriarcas cananeas— o egipcio —concretamente las tribus de Efraín y Manasés.

No hay sangre pura, no hay una raza israelita que sea diferente que la mezcla de razas cananeas, egipcias y babilonias (no olvidemos que Abraham procedía de Babilonia). Si miramos el mapa de esa región hoy día, diríamos que Israel es, genéticamente, el resultado de la mezcla de iraquíes, sirios, libaneses, jordanos, palestinos y egipcios, y que estas nacionalidades son hoy y siempre han sido sus primos hermanos.

Pero hay más:

En Éxodo 12,38 pone que la liberación de los esclavos israelitas bajo el mando de Moisés fue aprovechada por «una multitud mixta» de personas (en la versión Reina-Valera pone: «una gran multitud de toda clase de gentes») para huir también de la tiranía de Faraón. Los protagonistas del éxodo que cruzaron el Mar Rojo fueron, entonces, no sólo los descendientes directos de Israel, sino una mezcolanza de nacionalidades y etnias, gente de ascendencia multirracial o multiétnica —como había de esperar en una ocasión de emancipación masiva de esclavos.

En sus años en el desierto se les unieron otras personas de diferentes etnias. Caleb aparece repentinamente en la narración del desierto como uno de los grandes líderes de la tribu de Judá. Pero Caleb era cenezeo, es decir, descendiente de Esaú o Edom. Sabemos que durante los años en el desierto también hubo mezcla con los madianitas. Es famosísimo el episodio donde la presencia de mujeres madianitas, con sus ideas religiosas paganas, provocó la ira del Señor. Pero no ignoremos que la propia esposa de Moisés fue una de las mujeres madianitas en el campamento hebreo, sin que de ello derivara el más mínimo reproche sobre Moisés. De hecho, Moisés consiguió alistar a sus parientes madianitas como guías para los israelitas en el desierto —y por lo que se pueda saber, ese linaje por lo menos de los madianitas se integró perfectamente en la tribu de Moisés, que era la tribu de Leví, la tribu de los sacerdotes del Señor.

Podría seguir poniendo ejemplos pero sólo añadiré que generaciones más tarde, cuando Sansón, juez de Israel por la gracia de Dios, mostró una marcada tendencia a enamorarse de chicas filisteas, hablaba la misma lengua que ellas, tenía las mismas costumbres que ellas, y a todo el mundo le pareció perfectamente natural y normal que un judío se enamorase de filisteas.

En la medida que tenemos que suponer que Jesús conocía estas antiguas historias sobre los orígenes de Israel, podemos entender que Jesús no compartiera el sentimiento de patriotismo racial militarista judío que tanto estaba contagiando a sus contemporáneos. Él se sabía judío, naturalmente, pero le parecía natural quedarse charlando con una mujer samaritana, sanar al siervo de un centurión romano, o irse a cenar a la casa de Zaqueo, un funcionario judío del régimen de ocupación extranjera. Jesús parece haber pensado que hay una unidad fundamental entre todos los seres humanos, de la nacionalidad que sean. Unidad esencial que es incompatible con la idea de nadie como enemigos a derrotar, matar y eliminar.

2. La vocación misionera de Jonás

No me cabe duda de que quien escribió —inspirado por el Espíritu Santo— la maravillosa parábola o relato didáctico que constituye el relato de Jonás, fue un auténtico profeta en Israel. Anónimo, quizás, pero auténticamente profeta. Pero Jonás, el protagonista de esta historia fantástica, no fue un profeta. El relato de Jonás no lo describe como profeta y de hecho, es importante que no sea visto como una persona con un llamamiento o una vocación especial, sino como un típico judío piadoso, observante de la Ley del Señor y dedicado a sus propios asuntos con el mínimo posible de trato con extranjeros.

Pero este judío típico —con el que es necesario que todos los judíos se identifiquen y se sientan aludidos— verá su mundo puesto patas arriba en cuatro brevísimos capítulos. Porque Dios le va a mostrar que el Señor es el Dios de Israel, naturalmente, pero que también es el Dios de toda la humanidad. Esta es una revelación indeseada. Desde que Dios primero le dice que vaya a Nínive a predicar el juicio de Dios, Jonás ve peligrar el arreglo especial de favoritismo que siempre había habido entre Israel y su Dios. Israel es el pueblo escogido **de Dios**; el Señor es el Dios **de Israel**. La simetría es perfecta: Dios escoge un único pueblo; ese pueblo adora a un único Dios.

¿Qué pintan en este arreglo los ninivitas?

El libro de Jonás se escribió recordando que la ciudad de Nínive había sido —siglos atrás— la capital de Asiria. Derrotadas por los asirios, las antiguas tribus del reino de Israel habían sido llevadas cautivas al exilio, donde se mezclaron con los nativos y perdieron su identidad y nunca más se volvió a saber de ellas. Nínive había sido una ciudad capital importante, pero desde luego no se tardaba tres días en cruzarla a pie, como cualquiera puede comprobar viendo las ruinas hoy día. La Nínive del libro de Jonás, entonces, no es la Nínive histórica sino que representa simbólicamente a **todos los gentiles**, así como Jonás representa a **todos los judíos piadosos**.

Hasta el último versículo Jonás se resiste a la misión evangelizadora de los gentiles que Dios está queriendo impulsar. Y sin embargo, por dondequiera que Jonás va, se le convierten gentiles. Los marineros no saben nada, son paganos supersticiosos sin conocimiento de Dios; pero como a Jonás se le escapa a regañadientes la información de que su Dios es el creador de los cielos y la tierra, se postran y lo adoran y obedecen —dejando en ridículo la desobediencia de Jonás. Y en Nínive, más de lo mismo. Todo es arrepentimiento y ayuno y conversión, a pesar de que Jonás se había esforzado por predicar un evangelio negativo, de juicio y condenación, sin una sola palabra sobre el amor y el perdón de Dios.

El caso es que el libro de Jonás surtió el efecto para el que el Espíritu de Dios lo inspiró. Durante varios siglos y hasta bastante avanzada la era cristiana, las sinagogas judías esparcidas por todo el mundo fueron lugar de refugio para las almas sedientas de los paganos, que venían allí para oír predicar la palabra de Dios, se arrepentían de sus pecados y emprendían una nueva manera de vivir. La mayoría no se convertían a judíos. Sencillamente se congregaban en torno a la sinagoga como «temerosos de Dios». Fue entre estos gentiles temerosos de Dios, curiosamente, que mayor éxito tuvo Pablo en su ministerio apostólico. ¿Cómo era posible estar tan poco tiempo en cada lugar y dejar ya funcionando una iglesia cristiana? Porque Pablo siempre encontraba «temerosos de Dios» que ya conocían la Palabra de Dios, habiendo recibido el ministerio misionero de los judíos antes de llegar Pablo.

Sabemos que Jesús llegó a mencionar expresamente esta historia de Jonás, lo cual nos indica que estaba perfectamente familiarizado con su mensaje. Y ese mensaje era uno donde ya es imposible dividir a la humanidad entre amigos y enemigos, entre «nosotros» contra «ellos». No, según el libro de Jonás, Dios está anhelando perdonar los pecados de toda la humanidad. Entonces ya nadie es enemigo, ni siquiera el ejército romano de ocupación. Lo que hay que hacer con Roma —como con la Nínive de Jonás— es llegar hasta ellos con la misión redentora de Dios, imaginando que Dios va a conmover sus corazones al arrepentimiento y la conversión.

3. La intercesión de Job el justo

Aunque Jesús no menciona en ninguna de sus enseñanzas a Job —por lo menos que yo recuerde—, el libro es una de las obras más monumentales no sólo de Israel sino de toda la literatura de la humanidad y es difícil imaginar que Jesús no lo conociera.

El libro de Job se atreve con el terreno árido y escabroso del sufrimiento de seres humanos que se saben, si no inocentes en un sentido absoluto ante la santidad de Dios, por lo menos **no más culpables** que cualquiera de los que en determinado momento viven vidas afortunadas y llenas de dicha.

Al principio de sus sufrimientos la reacción de Job es de un victimismo supino. «El Señor da y el Señor quita, bendito sea el nombre del Señor».

El problema con esta actitud es que pretendiendo ser piadosa y adoradora de Dios, parte de una concepción inaceptable de Dios —como un soberano que no siente ni comparte nuestro dolor. Un Dios cuya soberana Majestad actúa sobre nuestras vidas como puro capricho divino, puede quizá satisfacer cierto tipo de inquietudes intelectuales, como perfección y soberanía abstracta. Pero cuando Job expresa esa sumisión «piadosa» ante los caprichos inexplicables de su sufrimiento, se está conformando con un dios que es mucho menos que el Dios de la Biblia. Porque el Dios de la Biblia, por una parte, está de parte de las víctimas y las acompaña en su dolor; y por otra parte, perdona gratuitamente al pecador que se arrepiente. El Dios de la Biblia no nos gobierna fríamente desde la distancia, sino que se nos acerca y nos hace experimentar su compasión y amor y ternura infinita.

La esposa de Job le anima a maldecir a Dios y morir en un último acto de dignidad humana (Job 2,9). Ella entiende que no es *necesario* que Job siga sufriendo. Job puede renegar de ese dios despiadado y cruel que lo está maltratando y, padeciendo una muerte fulminante

por su osadía, al menos librarse de una vida gobernada tan injusta y caprichosamente. Esa muerte de Job constituiría, entonces, un último reproche imborrable, de esta perra existencia humana y de su dios.

La religiosidad de Job lo lleva a reaccionar violentamente contra el consejo de su esposa. Sin embargo las palabras de ella lo estimularán a cambiar su discurso. Y así, poco a poco, empieza a dar voz a sus quejas. Su lenguaje se torna cada vez menos conformista y pasivo, menos «piadoso», cada vez más exigente de que Dios —el Dios verdadero, el de la Biblia, el que padece y sufre nuestro dolor como suyo propio— escuche la acusación que le eleva un hombre justo.

Sin embargo el efecto de la «rebeldía» de Job al exigir que Dios atienda a sus quejas y agravios, no es el que imaginaba su esposa.

Dios no mata a Job.

Al contrario, parece asimilar asombrosamente bien el tono desafiante —casi insultante— de las palabras de Job, hasta el punto de dignarse responder. En el libro de los Salmos descubrimos que Dios es un excelente escuchador de nuestras quejas. Algunos de los salmos más memorables y profundos son salmos de queja y lamentación. Pero algunas quejas y preguntas no sólo requieren que se escuchen, sino que también exigen una respuesta. Que luego la respuesta sea enteramente de nuestro agrado es quizá otra cosa: el caso es recibir alguna indicación de que esas quejas han sido tenidas en cuenta. El hecho de que Dios considere necesario dar explicaciones a Job —aunque esas explicaciones sean sencillamente la reafirmación de su poder divino sobre toda la creación— indica que la acusación de Job tiene mérito.

El último discurso de Job indica que las palabras de Dios le han tocado donde él menos se lo esperaba. La respuesta de Dios nada ha argumentado en defensa del trato vejatorio a que ha sometido a Job. Al contrario; al evadir la cuestión, parece estar dándole la razón. Pero en el acto de responder, Dios se ha mostrado cercano a Job. Job antes sólo sabía de Dios por lo que le habían contado, pero ahora le ha «visto» en persona, con sus propios ojos.

Pero llegados hasta este punto, al final le toca a Job un último acto que sólo él puede realizar. Dios le ha reconocido siempre y le sigue reconociendo como un hombre justo. Y este hombre justo, cuyo sufrimiento sigue siendo tan incomprensible e inexplicable al final como al principio, ha de interceder ahora en oración por sus amigos.

Los amigos de Job se habían comportado como enemigos.

Como enemigos de Job con sus acusaciones falsas.

Pero también como enemigos de Dios, porque expresaban precisamente la actitud que había dicho Satanás que era inevitable en todo ser humano: «¿Acaso te honra Job sin recibir nada a cambio?» (NVI). La doctrina de los amigos de Job manifestaba de una y mil maneras que no. Que el ser humano sólo puede adorar a Dios cuando espera recibir a cambio bendición. Parece una doctrina piadosa pero es una doctrina satánica, enemiga de Dios, porque con ella muere toda posibilidad de servir a Dios gratuitamente, por amor incondicional y no

solamente para que nos vaya bien en la vida. Con esa doctrina podríamos **temer** a Dios, pero nunca **amarle**. Con esa doctrina podríamos ser súbditos de Dios, pero nunca hijos.

Por eso se manifiestan como enemigos —no amigos— de Dios. Porque la única motivación que puede inspirar su adoración y servicio a Dios, es el interés en ser ricamente recompensados por su religiosidad.

Pero aunque estos presuntos amigos resultan ser enemigos tanto de Job como de Dios, Dios ahora toma la iniciativa para que Job interceda por ellos, para así poder perdonarlos.

Job entonces, precisamente porque es un hombre justo, intercede ante Dios por ellos. Y Dios, precisamente porque es un Dios de gracia y de perdón, acepta la intercesión de Job y los perdona.

Y ahora Jesús se encuentra con estos romanos impíos que se benefician terriblemente del sufrimiento de los judíos cuyo país han anexionado a su imperio. Pero si Jesús es un hombre justo como Job, deberá interceder ante Dios por los romanos en lugar de pelear contra ellos con la espada. «¡Padre, perdónalos! ¡No saben lo que hacen!» Y si el Dios de Jesús es el Dios de Job, escuchará la intercesión de Jesús el Justo, a favor de los que lo crucifican. Se acercará a ellos con el evangelio del perdón y la reconciliación.

Así las cosas, Jesús tuvo que darse cuenta desde el principio de su ministerio que acabaría padeciendo injustamente la cruz que los romanos tenían reservada como instrumento de tortura y muerte para los cabecillas de los pueblos sometidos bajo la bota del Imperio. Y sabiéndolo, no predicó el odio ni la revolución violenta, sino el amor y la reconciliación y el perdón divino para todo aquel que cree.

¿Qué significa ser pacifista?

Supongo que cada pacifista tiene su propia respuesta a esa pregunta.

En cuanto a mí, estoy convencido de que seguir a Jesús significa amar a mis enemigos y a los enemigos de Dios, así como amó Jesús. Y eso excluye toda posibilidad de matarlos ni de-searles ningún mal. Al contrario, Jesús me llama a ser un agente de paz y reconciliación y perdón y entendimiento mutuo, en este mundo que ya está demasiado plagado de violencias inaceptables de todo tipo. Un mundo que lo que menos necesita, es otro iluminado más que se crea capaz de imponer la paz de Dios por medio de las armas del diablo.